

San Martín de Valdeiglesias

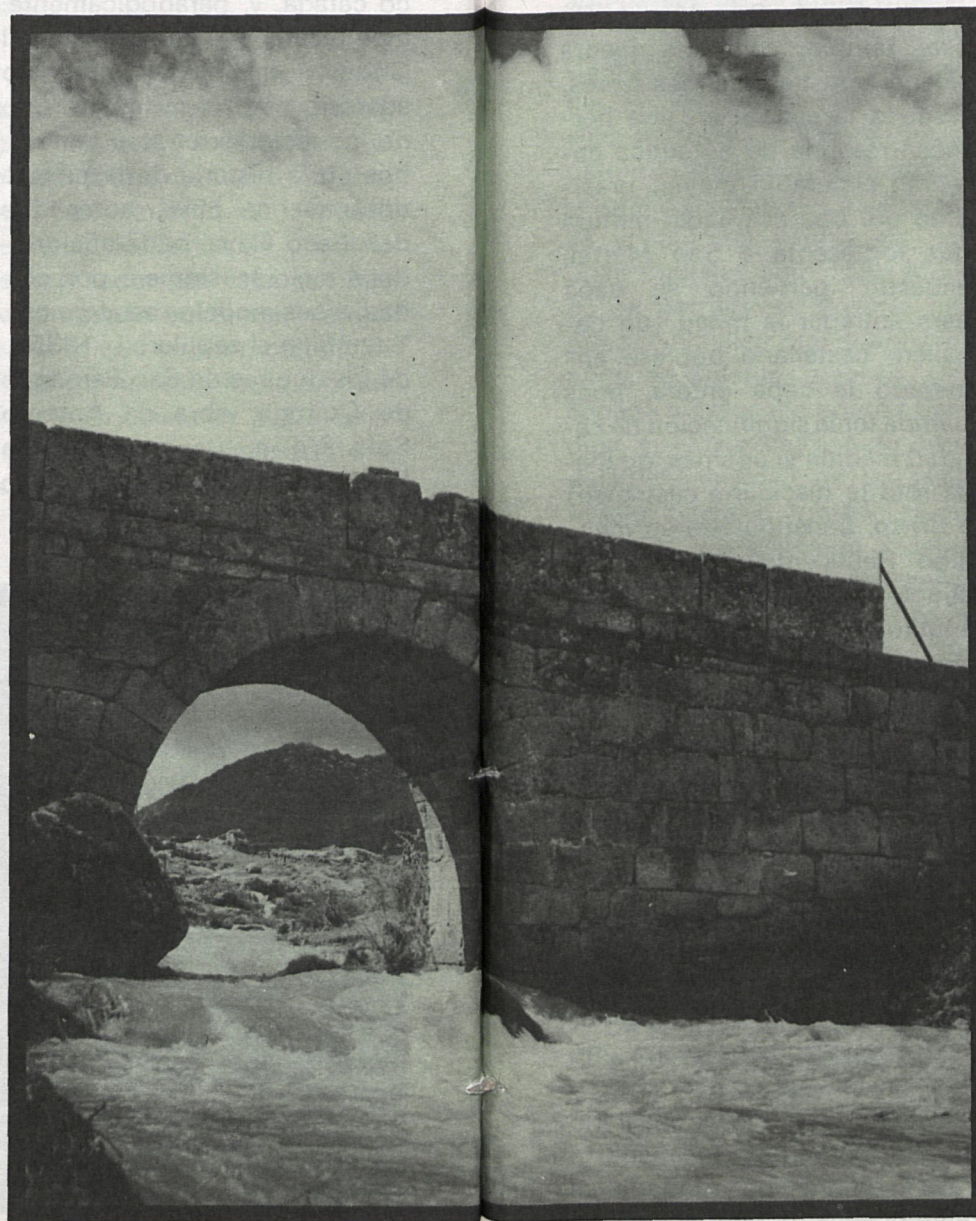
mada en cadalsos plazueleros, y huir a Portugal. Del 6 a 9 de octubre de 1648, en él se representó la *coyuntura histórica* de la consumación del matrimonio contraído (por poderes, en Viena) de don Felipe IV con su segunda mujer, doña Mariana de Austria. Luego de recibir, el día 7, en la capilla de la Purísima Concepción, las obligadas bendiciones y exhortaciones piísimas del cardenal arzobispo de Toledo, don Baltasar de Moscoso y Sandoval, el real matrimonio (sólo conocido hasta entonces de *vistas pintadas*) se metió en la mejor alcoba de la señorial casa de Ollero y en ella permaneció casi cuarenta y ocho horas, más y mejor alimentados por sus respectivas carnes que por los alimentos y bebestibles que pretendieran entrarles en la alcoba camareras y meninos.

Selección de Navalcarnero: su hermosa iglesia parroquial, dedicada a la Asunción de Nuestra Señora, construida entre los años 1500 y 1520, en la que se armonizan el gótico decadente, el renacentista, el neoclásico, el barroco y ciertas *gotitas* del mudéjar; iglesia que ha sabido *aguantar*, muy terne, sucesivas reformas muy poco afortunadas. Y las bellas pinturas de José Antolínez que hay en el retablo mayor: *Coro-*

nación de la Virgen, Presentación de María en el templo, la Inmaculada. Y el *Martirio de San Sebastián*, del mismo artista, que preside el altar lateral del lado de la epístola. Y, claro está, la portentosa joya de este templo: la capilla real de la Concepción, empezada a construir en 1619 y terminada en 1669, al colocarse en ella el espléndido retablo barroco construido en Madrid. Frontal, gradillas y trono de la Imagen son de gruesa plata, repujada con exquisito arte. Y el Apostolado *completo*, que recuerda el estilo de Ribera, que se presenta en la rotonda. Y el tabernáculo del presbiterio, que recuerda el estilo del Jacometrezo de San Lorenzo de El Escorial. Y en la sacristía, una *Inmaculada* en el estilo de Carreño de Miranda, y las tres pinturas (escuela de Rubens): *Santa Teresa, Jesús entrando en Jerusalén*, escena mística y algo fantástica y... ¡*Lot, saliendo de Sodoma!* (Como verán ustedes, si es que lo ven, *aquí* no nos privamos de la más increíble mezcolanza.) Y no pasemos por alto que en el retablo del lado del evangelio hay un muy bello *Cristo yacente* que clama por la paternidad, de Gregorio Hernández. Y pasando de lo espiritual a lo netamente realista, os confesaré

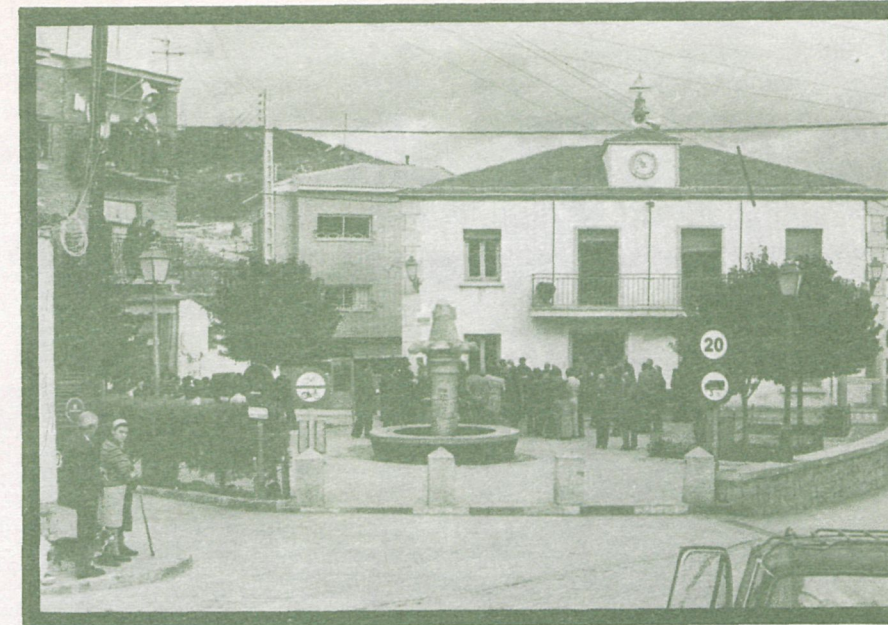
que me entusiasma la Plaza Mayor de Navalcarnero, con sus soportales —o porches—, cuyos pilarotes (en un estilo de... padre desconocido) soportan dos pisos con galerías y barandas tan escasas de ringorringos como pletóricas de un *fuerte sabor* a escenografía para una comedia de Lope, una aventura de Guzmán de Alfarache o una capea de gran guño..

De Batres, a catorce kilómetros de Navalcarnero, su magnífico castillo, cuya primitiva fábrica data del siglo XIII. De ladrillo y planta cuadrada, sobre cimientos de bloques de cuarzo con argamasa. Cuatro fuertes estribos esquineros, en forma de torres rematadas con garitones. Cuadrada, sólida, la Torre del Homenaje. Silueta *entera*



y muy atractiva. Lo poseyeron los Guzmán y los Lasso de la Vega; y el más famoso de éstos, Garcilaso, por sus galerías y salas destiló su patetismo amoroso en églogas y sonetos. Su actual propietario lo conserva admirablemente restaurado, amueblado y alhajado... «por todo lo alto y rico». Que la historia y el arte se lo tengan muy en cuenta.

A ocho kilómetros de Navalcarnero, Villamanta; que es otro de los pueblos —ya me referí a Talamanca, en mi primera jornada— que disputan a Madrid el orgullo de haber sido la *Mantua carpetana* mencionada por los antiguos geógrafos. Villamanta funda sus derechos en una mención del cronista de don Carlos I, llamado Esquivel



Pelayos de la Presa

(¡muy señor mío!). Por mi parte, madrileño nato y neto, cedo, muy deferente, a Talamanca o a Villamanta la *Mantua carpetana*. Que se la jueguen a cara o cruz. Lo que sí es ciertísimo en Villamanta: hallazgo de monedas romanas, enterramientos en pilas de piedras, armas, restos de utensilios hogareños de igual procedencia latina... En Villamanta es digno de alguna atención su templo parroquial, dedicado a Santa Catalina, que sufrió los rigores —el templo, no la Santa, que padeció otros... no menos bárbaros— de la guerra de España en 1936. Pero todavía gustan sus tres naves con arcos grecorromanos, un altar churrigueresco (del mejor Churriguera) y un *Nazareno* de la mejor escuela de Gregorio Hernández.

En Aldea del Fresno: la iglesia parroquial de Santiago, gótica, de los siglos XV y XVI. En su presbiterio, el retablo barroco con columnas salomónicas, tipo de Churriguera, con transparente. Los retablos, igualmente barrocos, de los lados del evangelio y de la epístola. En la sacristía, la cajonería barroca —del XVIII— en madera y plata.

En Villa del Prado, un espectáculo impresionante: la torre de su iglesia parroquial, que tardó en quedar terminada cua-

renta y tres años, desde 1562, y que es enorme y, sin embargo, está llena de armonía. Su balaustrada (con bolas y pirámides), sus arcos de campanario, su templete rematado por un asombroso chapitel recuerdan, imperiosamente, las torres de San Lorenzo de El Escorial, a las que excede en anchura y en la impresión de *solidez eterna*. La iglesia data del siglo XV. Está dedicada al Apóstol Santiago, es de buena piedra sillar, nave gótica con *gotas románicas* —en los capiteles de las columnas del pórtico—, coro renacentista, artesonado mudéjar en el atrio.

Y ya estamos en Cadalso de los Vidrios, a diez kilómetros de Villa del Prado, dentro de uno de los más hermosos paisajes de España, cercado el pueblo de un nutridísimo bosque de pinos piñoneros, los más esbeltos, limpios y pictóricos que recuerdo. Pues bien, apenas llevamos en Cadalso unos minutos, no tenemos el menor inconveniente en aceptar toda su gloriosa historia: íberos, celtíberos, romanos, visigodos, árabes... Restos interesantísimos de esta larguísima historia hay en cualquier parte del pueblo: *Horno de arriba, Horno de abajo, Calle Real*... En Cadalso estuvieron los primeros condes de



San Martín de la Vega

Castilla y los primeros reyes de León... Y fue señorío del infante don Juan Manuel, el del *conde Lucanor*, y de los primeros Trastámara... Y para demostrar más vivamente que las letras, la antigüedad gloriosa de Cadalso (de *Cadahalso*, o palenque para celebrar las juntas caballerescas), ahí tenéis pruebas cien, imperecederas: dinteles con blasones, balcones volados sobre hierros ilustres, ventanales con bellos marcos renacentistas y «pintas» ojivales, portalones patinados por una intacta hidalguía... De su iglesia parroquial, dedicada a la Asunción de Ma-

ría, y que tiene en la cornisa la fecha de su nacimiento arquitectónico: 1498; la herriana bóveda de su sacristía, las nervaduras góticas de las bóvedas del presbiterio, las dos jarras con azucenas labradas en las claves de los arcos, la portada renacentista de ingreso en el lado de la epístola... Y del castillo que perteneció a los duques de Frías y a don Alvaro de Luna, y al marqués de Villena —erudito, mago sospechoso de heterodoxia y cornudo y contento—; la fachada con pórtico y galería con mirador, columnas jónicas con zapatas y dinteles, y los

Cadalso de los Vidrios



jardines, los más bellos y típicos del siglo XVI. En verdad, este castillo - palacio quedó arruinado a mediados del siglo XIX, y la guerra de 1936 lo acabó de arrasar. Gracias a la magnificencia y el exquisito gusto del gran escultor granadino Juan Cristóbal, tan hermoso monumento ha recobrado una juventud segunda, llena de encanto y esplendor.

En el muy bello pueblo de San Martín de Valdeiglesias, nacido al amparo del monasterio cisterciense de Pelayos de la Sierra, su parroquia, dedicada a San Martín, proyectada y empezada a construir por Juan de Herrera, pero cuyas obras hubieron de suspenderse porque (a decir cazarro) *se acabó antes el oro que el coro, y... Todas las obras tienen su fin, menos las de San Martín*. De este templo, todo de piedra sillería, con tres grandes naves, resuelta la central en una hermosa rotunda de auténtica catedral; el retablo mayor, presidido por una aceptable pintura que representa a San Martín, ecuestre, partiendo su capa para entregar la mitad (un caballero castellano hubiese entregado la capa entera, pues partirla tenía significación de caridad medida y, además, quedaba rota la disciplina castrense) a Cristo, transfigurado en mendigo. Renacentista el estilo del templo, que tiene adosado en el ángulo izquierdo una torre —rematada en graciosa pirámide—, de fecha muy posterior.

A poco de salir de San Martín de Valdeiglesias, el llamado con énfasis *¡Mar de Madrid!*, el espléndido pantano de San Juan, en el que se deja el río Alberche la mayor parte de su caudal. Y cerquita de este *Mar de Madrid*, en terreno quebrado sin violencia, rodeado de pinares y chaparro bajo, se alza —lo que queda que es muy poco y todo exterior— el monasterio de PP. Bernardos, la abadía a cuya sombra fue fundado el pueblo de San Martín de Val-

de iglesias; alguna columna tum-
bada y descabezada; «desgaja-
do» el ábside que es de un
suave románico tardío; alguna
arquería, desgarrada como un
trozo de encaje; la fachada com-
pleta del templo, varias veces
restaurada, con su mezcla de
renacentista y barroca, piedras
dulcemente doradas por los
soles ponientes que son los
mejores pulidores en oro de
piedras ilustres.

De Robledo de Chavela, de
su iglesia parroquial dedicada a
la Asunción de Nuestra Señora,
y gótica de los siglos XV y XVI:
la pila bautismal gallonada, obra
del XVI; el retablo barroco, y el
retablo gótico del presbiterio,
siglo XV. Y las pinturas del re-
tablo y la talla atribuida a Ber-
ruguete. Aquellas pinturas, en
número de treinta y cinco, obras
admirables de Antonio Rincón,
pintor de cámara de los Reyes
Católicos, con temas de las vi-
das de Jesús y de María; todas
ellas restauradas hoy con res-
peto e imaginación. Y la intacta
—¡gracias a Dios!—, viva de ta-
lla y colorido, cabeza de San
Juan Bautista, atribuida a Alon-
so de Berruguete, y de la que
puede afirmarse *que impresiona
angustiosamente*; cabeza cer-
cenada y colocada en una ban-
deja, cuyo ensangrentado corte
delata la realidad de un testi-
monio humano tomado como
modelo. ¡Escalofriante cabeza,
acabada de cortar y presentada
en la bandeja a la danzante
Salomé! Y tenemos la seguridad
de que si tocamos ese cuello se
nos mancharán los dedos de
sangre aún caliente, espesa.
De que si la examinamos con la
ciencia del anatómico, compro-
baremos absolutamente todos
sus órganos, tendones, nervios,
venas, arterias cortados de un
solo tajo brutal de cíclope ver-
dugo.

De la iglesia parroquial, de-
dicada a la Asunción de Nuestra
Señora, de Valdemorillo, arqui-
tectura de los siglos XVI-XVII:

los pilares góticos adosados;
los arcos de las capillas de me-
dio punto; la portada principal,
de tipo escurialense. Del pres-
biterio: el retablo policromado
con dos escudos. La barroca pila
bautismal del siglo XVII. Como
Valdemorillo fue muy visitado
por don Felipe II mientras avan-
zaban las obras de El Escorial, se
sospecha fundadamente que el
monarca rogase a su gran ar-
quitecto Juan de Herrera «echa-
se una manita» a la restauración
del templo parroquial. Pruebas
de «esta manita maestra»: el
atrio con pilastras coronadas
con las típicas bolas escurialen-
ses; el semiplano coro, con arco
«herreriano». Y el conjunto lleno

de equilibrio y armonía. Un te-
rreno sosegadamente montuoso
separa Valdemorillo de Villa-
nueva del Pardillo, en el que
hacemos alto porque... «nos pilla
de camino» en nuestro vaga-
bundeó en torno a Madrid ca-
pital. Pero, aparte sus tierras
excelentes —regadas por los
ríos Guadarrama y Aulencia—,
poco tiene que admirar, ya que
quedó brutalmente *planchado*
durante la guerra civil de España.
Hermano este pueblo, trillizo, en
desgracia de Brunete y Maja-
dahonda, como éstos ha sido
reconstruido —con menos *gra-
cia* que sus hermanos— por la
Dirección General de Regiones
Devastadas.



Villarejo de Salvanés



LA TRAGEDIA DE LOS MUNICIPIOS RURALES

Por
**Juan Luis
DE SIMON
TOBALINA**



Hace más de diez años analicé en el diario «Ya» el grave problema de los micromunicipios, frente al romanticismo municipalista expresado con metáforas tan brillantes como la de Tocqueville cuando decía que «el municipio ha salido directamente de las manos de Dios» y al que rindieron tributo los autores de nuestro estatuto municipal al decir en su exposición de motivos —uno de nuestros documentos jurídico-administrativos más notables— que el municipio es un fenómeno de convivencia «anterior al Estado y anterior también, y además superior, a la Ley». «Miles de municipios europeos —escribía yo en contra de ese romanticismo— arrastran una vida precaria por su incapacidad técnica y su insuficiencia financiera para prestar a la comunidad vecinal los servicios considerados más indispensables en el actual nivel del curso histórico: agua, luz, teléfono, clínica de urgencia, escuela, biblioteca, viviendas, etc. Y demostrada la poca eficacia de las fórmulas legales clásicas de potenciación de municipios: robustecimiento de las haciendas locales, constitución de mancomunidades y agrupaciones, cooperación estatal y provincial, etc.; se alza en todos los países un verdadero clamor —y la prensa da de ello testimonio— exigiendo implacablemente la supresión de tales micromunicipios». Mucho se ha escrito y mucho se ha legislado durante los últimos años en el mundo sobre este problema que a todos los españoles nos interesa y, concretamente, a los madrileños, pues en nuestra provincia de Madrid hay un centenar de municipios carentes de medios de vida propios.

Se afirma que la concesión de personalidad jurídica y gobierno autárquico a pequeños municipios, si bien podía mantenerse cuando sus vecinos apenas reclamaban otros servicios que los de guardería rural; administración de su patrimonio; un prado, una dehesa boyal, reparto de la contribución territorial, conservación de una fuente, de un lavadero, de un abrevadero. Es difícil de sostener desde que se evidencia la natural aspiración de esa población campesina a alcanzar formas de vida similares a las que el progreso técnico ha proporcionado al hombre de la ciudad. Agrava el problema la curva demográfica decreciente de los pueblos y aldeas, determinada por la natural atracción que ejerce el medio urbano —más cómoda la vida, más altos los jornales— y aumentada por la sensible exportación de brazos hacia países que gozan de un alto nivel de desarrollo industrial.

Recientemente, sin embargo, Fariña Jamardo, cultísimo publicista, en libro editado por certamen rompe una lanza en favor de los municipios rurales, fundándose en que es en ellos, precisamente, donde se dan perfectamente las relaciones de vecindad que han caracterizado y definido desde siempre a la institución municipal, mientras la gran ciudad ha dejado de ser una comunidad vecinal, un municipio, para convertirse en una entidad amorfa y difícilmente catalogable, en la cual sus moradores no se sienten integrados, pues no existen relaciones puramente comunitarias. Es cierto que la población se ha concentrado en las grandes urbes y los entrañables «pueblos» se han despoblado hasta el punto de no quedar en ellos más que algunos ancianos, unas pocas mujeres y un número escaso de niños. Pero, al parecer, las grandes metrópolis del mundo empiezan a perder población, por lo cual Fariña pregunta: «¿No estaremos asistiendo ya a un proceso de vuelta a los orígenes; a un proceso de desconcentración?» La Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, en un informe de hace muy pocos años, ha puesto de relieve que «todo invita a los hombres a dispersarse, todos los progresos técnicos les permiten vivir aisladamente, lejos de sus lugares de trabajo, sin depender de puntos de distribución. Las fábricas pueden escoger su ubicación, los ciudadanos su residencia futura fuera de los sitios tradicionales, escapando a las desventajas de las concentraciones urbanas». Y el gran historiador inglés Arnold J. Toynbee señala que «la vecindad es todavía una unidad básica e indispensable de autogobierno», y que «en realidad será aún más necesaria que antes, en una época en la que ciertas funciones de gobierno tendrán que ser depositadas en autoridades dotadas de jurisdicción a escala mundial, lo que exigirá para contrarrestar la inevitable impersonalidad de este gobierno mundial en la cúspide, el reforzamiento y personalización de las comunidades de aldea en la base».

Mucho ha hecho la cooperación provincial a los servicios municipales por los municipios rurales de España. Singularmente la Diputación de Madrid ha realizado una labor maravillosa. También hay que esperar que la entidad comarcal de la Ley de Bases de noviembre de 1975, pendiente de articulación, ayude a resolver muchos problemas. Pero no podemos por menos de postular la reconsideración del municipio rural como una institución enraizada en nuestra tradición que debemos esforzarnos en salvar.

COLLADO-VILLALBA

EL PUEBLO DEL «BOOM»



El origen
de «Villae-Alba» y
«Ap-Petrum»
(Villalba y Alpedrete)
pudiera estar en la
época en que Roma
pisaba con fuerza
en la Península



Desde 1250
los «hombres buenos»
del Concejo se reunían
en torno a la
rocuela o grada de
piedra que hay en la
plaza, junto al
Ayuntamiento,
«a son de campana
tañida»



De los casi 12.000
habitantes
censados,
a los 20.000 reales...
y a los 40.000
en la época
veraniega



En junio,
las fiestas de
San Antonio;
en julio las de
Santiago y antes...
las de San Blas
y San Blasín,
con dulzaina
y tamboril
que llegan de
Segovia



OLLADO-Villalba es un pueblo con lugar en la historia. Historia justificada por los hallazgos arqueológicos, que cuidadosamente reseña en su reciente-

mente editado libro don Luis Antonio Vacas Rodríguez, que fue alcalde del pueblo, y que se refieren a los de Entretérminos, lugares entre Villalba y Alpedrete, y que supusieron excavaciones en las que se halló un dolmen y diversos objetos arqueológicos, entre ellos un vaso campaniforme. Sin duda ninguna, que civilizaciones antiguas, como, entre otras la céltica y la romana, dejaron su huella poderosa entre estas sierras, y ahí está la famosa Calzada Romana de Cercedilla para demostrarlo. Incluso puede que el origen de algunas denominaciones actuales de los pueblos serranos provengan de la época en que legiones romanas pisaban con fuerza en la Península. Afirma Vacas Rodríguez que «Villae-Alba» y «Ap-Petrum», concretamente —Villalba y Alpedrete— pudieron ser villas de origen romano, que estuvieron situadas cerca de la calzada de Titulcia a Segovia, que cruzaba el alto Guadarrama por el puerto de la Fuenfría. Después de Roma, llegaron otras culturas del Norte, que darían lugar a un proceso de transformación.

De la época árabe nos quedó el nombre de los ríos, como el Uadi-ar-ramal —río arenoso— o Guadarrama y aún se determinan tres fuentes que fueron típicas, como la Fuentecilla, la Fuente del Alamo y el Caño Viejo. Alfonso VI, en su conquista de Magerit —Madrid—, liberaría del yugo musulmán la zona serrana, y en los llamados poblamientos de la sierra se producen los famosos pleitos entre Madrid y Segovia, que relata don Juan Pinedo en sus «Anales de Madrid». Alfonso X el Sabio concedería, para dichos poblamientos, algunos privilegios a los serranos, como por ejemplo el de hacerles hijosdalgos.

Pero en fin: para aquellos amantes de la historia —y estos pueblos la tienen—, yo les aconsejaría la lectura del citado libro. Merece la pena. Porque se considera a los hidalgos como «el primer y más antiguo grado de nobleza, del que han derivado los demás». Y los serranos lo son. Por otra parte, no será malo recordar aquellos tiempos en que el concejo de estas villas se reunía, a son de campana tañida, en la rocuela o gradas de piedra que todavía queda en la plaza en la que se halla el Ayuntamiento de Collado-Villalba. Aún será conveniente saber, a quien quiera saberlo, que en dicha rocuela se reunían los «hombres buenos» desde 1250, año en que, probablemente se formó el lugar y su población, ya que en 1275 el Collado de Villalba formaba parte del Real de Manzanares, y con el de Alpedrete, un sólo «concejo». Que en el año 1840 fueron separados.

EL «BOOM» VILLALBA



PARA algunas personas que quieren opinar aunque su opinión no sea demasiado, Villalba ha crecido desordenadamente. Sin embargo, otros opinamos que no ha ocurrido más que lo que tenía que ocurrir, dado el lugar estratégico en que la villa está situa-

da, cruce de comunicaciones tanto viales como férreas: ¿Se podría haber hecho otra cosa de lo que se ha hecho? Porque ahora resulta que las protestas y las... en Villalba ya no se puede vivir», provienen, precisamente, de los que la hemos hecho invivible. ¡Y no deja de tener gracia!

En algunas ocasiones los pueblos son víctimas de su situación. Por otra parte, ¿no tenemos cada madrileño derecho a nuestro cachito de sierra... de Madrid? ¿Comulgamos o no con la idea de que ésta no puede ser sólo para los privilegiados que se pueden permitir el lujo, no digo ya de un chalet, sino de una mansión veraniega en Los Molinos por ejemplo? Hay muchas personas que necesitan vivir, por razones de salud en la sierra. Y ahí está el español medio que se conforma con el apartamento, aun cuando ahora éstos se están poniendo también por las nubes. Lo cierto es que los serranos estaban muy tranquilos en sus pequeños pueblos ganaderos, y un día llegamos los del «boom».

Collado-Villalba era, hace unos años, un pequeño pueblo ganadero y agrícola, que veía pasar por su carretera de La Coruña —aquí se bifurcaba: un ramal subía a Navacerrada y otro al puerto de los Leones— a los excursionistas que los domingos, algunos en sus viejos y locos cacharros, salían huyendo de Madrid, a refrescarse los pulmones con un poco de aire puro. ¡Al que naturalmente tenían derecho! Había quien se permitía el lujo de una casita en San Lorenzo de El Escorial, Miraflores de la Sierra, Guadarrama o Cercedilla. ¡Había hasta quien tenía una parcelita, heredada o adquirida a muy poquitas pesetas el pie! Estos, los de la parcelita, se conformaban con llegar allí el domingo, dejar el utilitario a la sombra de una encina y pegar cuatro saltos en la pradera diciendo: «¡Esta tierra es mía!» Conformistas ha habido siempre.

Luego, cuando llegó el «boom» de la construcción, de los grandes bloques de apartamentos, o de las amplias urbanizaciones de chalets, comenzaron a llegar a Collado-Villalba no sólo madrileños y domingueros, sino una población migratoria que halló en la construcción un «modus vivendi». Porque no vamos a olvidar ahora, que si se ha especulado con el suelo y se ha archipoblado el lugar, también es cierto que el «boom» villalbino, como algunos han dado en llamarle, ha dado de comer a muchas familias, y las ha situado.

LOS PROBLEMAS MAS IMPORTANTES DEL VILLALBA DE HOY



NO tenían tantos problemas aquellos hombres buenos del concejo, que se reunían junto a la roca tradicional, a son de campana tañida. No tenían, por

lo menos, tantos que ahora se le plantean al alcalde que rija los destinos de esta villa serrana: que crece, y crece y... ¿crecerá más?

—Señor Sanmartín, ¿cuántos habitantes tiene este pueblo?

Es rondeño. Hace muchos años que está aquí, y algunos que es alcalde. Se le escapa a pesar de tanto tiempo el «ceceo» malacitano.

—Censados somos 11.794. Reales, más de 20.000. Pero en verano esto aumenta: en verano no nos quedamos largos, ni cortos, si calcu-